

Del rancho de chapa a la empresa propia

Transcribimos un artículo de Agustín Herrero publicado en el diario El Observador de Montevideo el 17 de marzo de 2019. Describe la experiencia de Hebert Alvez ex alumno y ahora docente del Centro Educativo Los Pinos, obra de apostolado corporativo del Opus Dei.

17/03/2019

En el rancho donde Hebert Alvez vivía no había agua, al igual que en

todos los ranchos aledaños que formaban el asentamiento 1º de mayo en Casavalle. Y aunque se colgaba de la luz a veces tenía dificultad para ver el barro que sus pies pisaban. Afuera, un mundo desconocía su realidad. “No entraba la ambulancia, no entraba nadie”, recuerda ahora, sentado en una sala como profesor del Centro Educativo Los Pinos. Cuando llovía torrencialmente y el viento soplaban con fuerza, la estructura que lo protegía se hamacaba junto con su cama. Las paredes de la casa de Alvez estaban forradas por carteles, propagandas de la calle.

“Decíamos que vivíamos en un lugar feliz porque uno de los carteles era una pareja besándose”; recuerda y se ríe. “Había una armonía bárbara ahí adentro”; agrega y continúa con la carcajada.

Quién ahora es docente recorre junto a El Observador las instalaciones de Los Pinos, su segundo hogar. En un momento frena y apunta hacia el horizonte cercano. Se ven unos pequeños techos. “Ahí vivía yo”; dice, señalando el asentamiento.

Hebert Alvez tiene 31 años y es de Rivera aunque su acento no lo delate. Es el menor de catorce hermanos que se criaron en el mundo rural del norte uruguayo. Su padre fue peón de campo y luego capataz, su madre lo acompañaba cocinando y limpiando. “Ofrecían un trabajo conjunto”; explica.

A los 17 años, como se acostumbraba en su familia, se fue a Montevideo para “despegar”.

Corría la tarde del 24 de diciembre de 2004 cuando se enteró que su cuñado -que trabajaba de camionero- iba rumbo a la capital. No lo pensó

dos veces y se fue hacia el sur con lo esencial.

Allí vivió por un tiempo en la casa de su hermana, en Casavalle. Luego se fue a vivir a la casa que uno de sus sobrinos alquilaba a unas cuadras de distancia. Hasta que finalmente, mientras avanzaba el año 2005, Alvez y su sobrino -que ya no podía pagar el alquiler- se fueron a formar sus propios ranchos en un terreno del barrio que se estaba convirtiendo en asentamiento.

En esa época trabajó en toda “changa” que apareció. La que recuerda con más fuerza es la que más le disgustaba: limpiar “millones” de bolsas de frigoríficos y ganar menos de \$200 por día.

Alvez dice que aprendió la importancia del trabajo con el ejemplo de sus padres. También asegura que siempre tuvo el deseo de avanzar para salir de su contexto.

Pero “si estás en un asentamiento, aunque tengas todas las ganas de crecer del mundo, no basta. Ahí es donde entra Los Pinos”, sostiene.

Es que para él, esta institución gratuita gestionada por privados, le “cambió la vida”.

Se enteró de su existencia porque su hermano le comentó y decidió anotarse en un curso de ocho meses para formarse como operario industrial.

Allí no solo encontró una “gran familia”; sino una salida laboral formal: el centro le consiguió una pasantía en Cinter, una empresa especializada en construcciones industrializadas.

Cuando cumplió 18 años, lo efectivizaron.

“Acá (en Los Pinos) te abren esas puertas que, cuando venís de un

asentamiento y no tenés noción de nada, no te la abre nadie”, dice agradecido.

Alvez cuenta que el curso primero y el trabajo después, le generaron “el gustito a querer progresar”. Se anotó en cuarto del liceo -después de haberlo abandonado por unos años-, luego en quinto. Decidió seguir su carrera en el mundo de la electricidad: hizo Electrotecnia en la UTU y después Instalaciones eléctricas. A partir de ahí comenzó a trabajar como electricista certificado por UTE.

Ahora tiene su propia empresa de montajes e instalaciones eléctricas y, mientras cursa los dos años que le quedan para recibirse de ingeniero tecnológico, enseña Neumática, Automatismo y Mantenimiento industrial en Los Pinos”.

“Quiero formar a los chiquilines en que sí se puede. Demostrarles que

haciendo las cosas bien podemos llegar a ser personas realizadas”, dice.

Cuando Alvez cuenta su vida menciona tres pérdidas que lo marcaron. El camión que atropelló y mató a uno de sus hermanos en su infancia. El suicidio de su padre cuando él tenía solo 12 años. La muerte de uno de sus sobrinos que, para él, era como un hermano.

Pero si hay algo que él sabe que no perdió, algo que aprendió en su familia y Los Pinos impulsó, es su voluntad de progresar.
